

CAPITULO XX.

- « Si sois un hombre de honor,
 » A las armas renunciad ;
 » Sobre todo abandonad
 » Tan intempestivo amor.
- » Así el laurel siempre verde,
 » Del trueno al ronco estallido,
 » Vé por el suelo esparcido
 » Su follage..... »

(LA CONTIENDA.)

LA mañana siguiente muy temprano se presentó un militar en casa del señor Lovel, que estaba ya levantado, y le mandó entrar inmediatamente. Era un amigo de Mac-Intyre, un oficial encargado de reclutar en Fairport, algo conocido de Lovel.

— Me figuro, caballero, le dijo el capitán Lesley, que adivina vm. el motivo de una visita que me obliga á incomodar á vm. tan de mañana.

— Algun mensaje del capitán Mac-Intyre, sin duda.

— Eso mismo. Dicese ofendido de la negativa de vm. en responder ayer á ciertas pre-

guntas que creía tener el derecho de hacer á un hombre admitido en el seno de su familia.

— Hableme vm. con franqueza, señor Lesley, ¿ estaría vm. dispuesto á responder á un interrogatorio á que se le sujetase con tan pocas ceremonias y un tono tan orgulloso?

— Puede que no; y este es el motivo por que conociendo el carácter de mi amigo Mac-Intyre en tales ocasiones, deseo de veras desempeñar el papel de pacificador. Atendidos los distinguidos modales del señor Lovel, todos le suplicamos que se digne disipar las dudas calumniosas inseparables del individuo cuya representacion no es bastantemente conocida en el mundo. Si gusta vm. por via de conciliacion ponerme en estado de poder participar al capitán Mac-Intyre su verdadero nombre, pues todos estamos persuadidos de que el de Lovel es supuesto....

— Perdone vm., caballero, no puedo admitir esta suposicion.

— O á lo menos, continuó Lesley, que no es el mismo por el cual ha sido conocido siempre el señor Lovel. Si quiere tener la bondad de esplicar esta circunstancia, lo que debe hacer, á mi modo de pensar, por atencion á sí mismo, estoy cierto de que este desagradable asunto se arreglará amistosamente.

— Es decir, señor Lesley, que si yo me

sujeto á responder á las preguntas que nadie tiene derecho de hacerme, y á las cuales se me fuerza á responder bajo pena de quedar espuesto á todo el furor del capitan Mac-Intyre, este digno militar tendrá la bondad de darse por satisfecho. Señor Lesley, voy á contestar á vm. muy lacónicamente sobre este punto. No dudo que mi secreto, si acaso tuviese alguno, podria ser confiado al honor de vm. sin ningun peligro, pero no me siento dispuesto á satisfacer la curiosidad de nadie. El capitan me ha encontrado en una reunion que debia bastar para desterrar del ánimo de todos y especialmente del suyo cualquier género de duda sobre mi honradez. A mi entender, no le asiste ningun derecho de preguntar cual es la clase, el estado y la nobleza de un estrangero que, sin pretender tener ninguna relacion con él, se encuentra por casualidad convidado á comer con su tío, ó se pasea en compañía de su hermana.

— En este caso, señor Lovel, el capitan Mac-Intyre pide que suspenda vm. toda visita á Monkbarns y toda relacion con su hermana, porque la presencia de vm. en el seno de su familia le es sumamente desagradable.

— En cuanto á esto, señor Lesley, iré á ver al señor Oldbuck siempre que me parecerá bien, sin hacer caso de las amenazas de su sobrino,

ni de cuanto pueda decir ó pensar. Por lo que hace á miss Mac-Intyre, por pocas é insignificantes que sean mis relaciones con ella, la respeto demasiado para permitir que su nombre se encuentre mezclado en esta contienda.

— Siendo tal la respuesta de vm., el capitan Mac-Intyre exige del señor Lovel, si no quiere pasar por un hombre de reputacion incierta, que asista esta tarde á las siete al vallecito que se encuentra cerca de las ruinas de San Ruth, en el punto donde se halla una ojiacanta.

— No dejaré de asistir, solo encuentro una dificultad. Como es preciso que vaya acompañado de un amigo, no sabré donde encontrarle en tan poco tiempo, puesto que no conozco á nadie en Fairport; pero, sea lo que fuere, puede vm. asegurar al capitan que no faltaré á la cita.

Lesley había tomado su sombrero y se hallaba ya á la puerta del aposento, cuando haciendole impresion la dificultad que alegó Lovel, volvió atras repentinamente.

— Señor Lovel, le dijo, encuentro en todo esto cierta rareza tan extraordinaria, que no puedo menos de hacerle aun algunas observaciones. Vm. mismo debe conocer los inconvenientes que resultan en este momento del

incógnito que quiere vm. guardar, para lo cual estoy persuadido de que no existe razon alguna que pueda ruborizar á vm. Este arcano aumenta, sin embargo, la dificultad que experimentaré vm. en hallar á un amigo en tan delicada crisis. Permitame vm. añadir que aun mucha gente tendrá á Mac-Intyre por un Quijote, y le reprochará haber empeñado una contienda con un jóven cuyo nombre y calidad se hallan envueltos en las sombras del misterio.

— Comprendo á vm., señor Lesley; su observacion es severa, pero no me ofendo de ella porque conozco ha sido dictada por una buena intencion; con todo, permitame vm. responderle que á mi entender se tiene derecho á todos los privilegios de un hombre de honor y bien nacido, cuando en todo el tiempo que se ha frecuentado una casa no se ha merecido la mas ligera reconvencion. En cuanto al padrino que necesito, me lisonjeo de que hallaré alguno que quiera aceptar este encargo; y si no tiene tanta esperiencia como yo podria desear, estoy persuadido de que no me perjudicará esta circunstancia, puesto que será vm. el padrino de mi adversario.

— Asi lo espero, señor Lovel; pero yo debo desear por mí mismo dividir el peso de mi responsabilidad con un hombre inteligente en

esta clase de negocios. Permitame vm. insinuarle que el bergantin del teniente Taffril está en la rada, y que para él mismo en casa del viejo Caxon, donde le hallará vm. Creo que vm. le conoce á corta diferencia como nos conocemos nosotros; y asi como yo no hubiera puesto la menor dificultad en servir á vm. de padrino, si me lo hubiese pedido, y á no tener que serlo por su antagonista, estoy persuadido de que él no se negará á acompañarle.

— Pues bien, señor Lesley, hasta esta tarde á las siete, en el vallecito de San Ruth. Pienso que las armas serán un par de pistolas.

— Como vm. guste. Mac-Intyre ha escogido la hora en que le será mas fácil escaparse de Monkbarns. Ha venido á mi casa esta mañana á las cinco, á fin de poder estar de regreso cuando se levantara su tio. Páselo vm. bien, señor Lovel.... Y Lesley se retiró.

Lovel era tan valiente como el primero; pero nadie puede ver sin alguna inquietud acercarse el momento de semejante lance. Dentro de pocas horas podria pasar á otro mundo, donde tendria que dar cuenta de una accion calificada de criminal por su misma religion, ó bien verse obligado á errar en este como Cain, teñida la mano con sangre de su hermano. Con una sola palabra hubiera podido librarse de tan dura alternativa; pero el

orgullo le representaba que pronunciar esta palabra en aquel momento, era dar lugar á sospechas mas humillantes que las que produjera su silencio.

— Todos entónces, decia para sí, inclusa miss Wardour, me tendrian por un cobarde que hubiera concedido al temor de un desafío lo que negara á las insinuaciones pacíficas y corteses de Lesley. El modo insolente con que Mac-Intyre se ha portado conmigo, la injusticia, la arrogancia, la incivildad que ha mostrado sujetando á un interrogatorio á un hombre á quien no conocia, el tono de pretendiente de que hacia alarde con miss Wardour, todo me priva de responder á unas preguntas hechas con tanta grosería.... Tomó, pues, la resolucion que debia esperarse de un jóven, es decir, cerrar los oidos á los consejos de la razon, y seguir los del orgullo ofendido. Con esta idea se dirigió á la morada del teniente Taffril.

El teniente le recibió con la urbanidad de un hombre de mundo y la franqueza de un marino, y escuchó con alguna sorpresa el detalle que precedió la súplica que le hizo Lovel de que fuese su padrino en el duelo que iba á tener con el capitan Mac-Intyre. Levantóse entónces, y paseóse dos ó tres veces arriba y abajo del aposento.

— Es cosa muy singular, dijo, y realmente....

— Ya sé, señor Taffril, que tal vez soy imprudente en hacer á vm. semejante demanda; pero la urgencia es tal que no tengo otra alternativa.

— Permitame vm. que le haga una pregunta. Entre los motivos que determinan á vm. á ocultar su nombre, ¿hay alguno de que deba ruborizarse?

— No, señor; y me lisonjeo de que dentro de poco este misterio dejará de serlo.

— Juzgo que no lo producirá la falsa vergüenza que podria ocasionar á vm. un nacimiento humilde y oscuro.

— No, por mi honor.

— Es que no tendria yo mucha indulgencia por una debilidad de que me siento despojado enteramente; pues, si se trata de mi familia, puedo decir que he nacido bajo el mástil de un navío, y cuento dentro de poco, á despecho del que dirán, casarme con una muchacha de nacimiento oscuro, pero tan amable como virtuosa, á la que me aficioné cuando vivíamos pared enmedio, en un tiempo en que estaba muy lejos de pensar en el dichoso lance que me valió el grado que ahora tengo.

— Yo le aseguro á vm., señor Taffril, que cualquiera que fuese la condicion de mis pa-

dres, jamas la negaria por un falso orgullo; pero me hallo en este momento en circunstancias tales que me impiden entrar en detalle alguno acerca de mi familia.

— Esto basta, dijo el honrado marino. Déme vm. la mano, yo le apadrinaré á vm. en este negocio lo mejor que sepa, por mas que en el fondo no sea muy agradable; pero ¿que importa? despues de la patria, nuestro honor es lo primero. Es vm. un guapo muchacho, y confieso que á Hector Mac-Intyre, con toda su genealogía y su orgullo de familia, le tengo por un insolente. Su padre era un soldado de fortuna, como yo en mi clase. El mismo no está mucho mas adelantado, sin embargo de lo que su tio le protege; y á mí me parece que hacer carrera por tierra ó por mar, todo viene á ser lo mismo.

— ¿Quien lo duda?

— Pues bien, comerémos juntos, y luego irémos á la cita. Pienso que entenderá vm. el manejo de la pistola....

— No puedo vanagloriarme de ser muy diestro.

— Mucho lo siento: se dice que Mac-Intyre es uno de los mejores tiradores.

— Mucho lo siento tambien, tanto por él como por mí mismo; pero como me veré obligado á defenderme, apuntarélo mejor que sepa.

— Me traeré conmigo al cirujano de mi bergantin, jóven de todas prendas. Nadie sabe tapar mejor un ojal, por ancho que sea. Diré á Lesley, que es un buen muchacho por un oficial de tierra, que le traigo para socorrer á cualquiera de los dos que lo necesite. ¿Hay algo que pueda hacer por vm. en caso de siniestro?

— No le ocuparé á vm. mucho, respondió Lovel; este papel contiene la llave de mi cartera. Allí encontrará vm. mi secreto, y una carta, añadió sofocando un suspiro, que se servirá vm. poner en manos de la persona á quien va dirigida.

— Bueno, dijo el marino, pero no hay que ruborizarse por esto. Un tierno sentimiento puede humedecer un instante los ojos cuando se prepara el buque para un combate; á mas de que, cuente vm. conmigo, Taffril se arreglará á las instrucciones de vm. como si fuesen la última súplica de un hermano moribundo; pero estas son bagatelas que no valen la pena de entretenerse tanto en ellas. Para prepararnos á la lid, vendrá vm. á comer con mi cirujano y conmigo á las *Armas de Græme*, á las cuatro en punto; estan al otro lado de la calle.

— Acordes, dijo Lovel.

— Acordes, repitió Taffril; y la cosa quedó arreglada de este modo.

Hacia una hermosa tarde de verano, y la sombra de la ojicanta solitaria empezaba á ocupar mayor espacio en el verde tapiz del vallecito rodeado del bosque en cuyo centro se hallan las ruinas de San Ruth.

Lovel, el teniente Taffril y el jóven cirujano llegaban á este punto con un designio que no guardaba gran armonía con el aspecto pacífico y grato de la naturaleza. Los carneros que durante el calor del dia se habian retirado á las cavidades de las rocas y á los huecos formados por las raices de los árboles, empezaban á derramarse por la montaña, y notabase en sus balidos continuados aquel sonido monótono y melancólico que, en vez de animar un paisaje, hace por el contrario resaltar su soledad. Taffril y Lovel hablaban andando con alguna exaltacion, y habian mandado al criado del teniente que se volviese con los caballos á la ciudad, por temor de ser descubiertos. Mac-Intyre y su padrino no habian llegado aun; pero al acercarse al sitio señalado, viéron sentado en las raices de un viejo roble á un hombre de una vejez tan verde como la del árbol cuyas ramas le servian de abrigo; era Edie Ochiltrie.

— ¡Que incomodidad! dijo Lovel: ¿como libertarnos ahora de ese viejo mendigo?

— Padre Edie, le dijo Taffril que le conocia

mucho tiempo habia, aquí va media corona para vos; pero es preciso que vayais inmediatamente á *las Cuatro Herraduras*, la pequeña posada que se halla en el camino: ¿la conocéis, supongo? Preguntaréis por un criado de librea amarilla y azul; y, si no está, le aguardaréis. Cuando llegue, le diréis que con su amo estaremos allí dentro de una hora; pero de todos modos permaneced hasta que nosotros lleguemos, acaso podríamos necesitaros para otra cosa. Despachad, amigo, levantad el áncora.

— Dios le pague á vm. su limosna, señor Taffril, respondió Edie metiendose la pieza de plata en la faltriquera; pero perdone vm. si no desempeño inmediatamente su comision.

— ¿Y por que? ¿quien os lo impide?

— Debo decir una palabra á solas al señor Lovel.

— ¡A mí!.... ¿que se os ofrece? vamos, sed lacónico.

El mendigo le llamó aparte separandole algunos pasos. — Digame vm., ¿debe vm. algo al laird de Monkbarns?

— ¡Yo! no; pero ¿á que viene esta pregunta?

— Sabrá vm. que he estado hoy en casa del jerife, pues, gracias á Dios, se me halla en

todas partes como una alma en pena; y ¿á quien dirá vm. que he visto llegar allá con grande aparato en una silla de posta muy acalorado? nada menos que al mismo laird de Monkbarns. ¿Y cree vm. que por nada toma su señoría una silla de posta dos días consecutivos?

—Perobien, ¿que tengo yo que ver en esto?

— Un instante de paciencia, y va vm. á saberlo. Monkbarns se encerró con el jerife en su gabinete, por mas que habiese otras personas llegadas ántes que él; pero vm. sabe que á los pobres les toca siempre aguardar, y que la gente de importancia son muy cortesés entre sí.

— Por amor de Dios, mi buen amigo....

— ¿Por que no me manda vm. al diablo sin cumplimientos, señor Lovel? esto valdria mas que hablar de Dios con tono impaciente.

— Pero tengo un negocio urgente que tratar con el señor Taffril.

— Pues bien, cada cosa en su tiempo y lugar. Ya puedo tomarme un poco de libertad con el teniente. Me acuerdo de haberle hecho mas de un trompo y un arco, cuando trabajaba el cobre y la madera.

— O vos habeis perdido la cabeza, Edie, ó quereis que yo me vuelva loco.

— Ni uno, ni otro, respondió Ochiltrie

dejando el acento lento y prolongado de un mendigo para tomar un tono vivo y decidido. El jerife ha mandado venir á su secretario, y como este es algo largo de lengua, he sabido por él que habia estendido una órden para ponerle á vm. preso. He pensado desde luego que se trataba de alguna deuda, porque todo el mundo sabe que el laird de Monkbarns es algo apretado de puños; pero conozco que he hecho un juicio temerario, porque veo llegar á ese tronera de Mac-Intyre y al señor Lesley, y pienso que Monkbarns llevaba buenas intenciones, al paso que las que traen á vms. aquí necesitarian mucho de abono.

Los antagonistas se saludaron con aquella fria civilidad propia de la ocasion.

— ¿Que hace aquí ese viejo bribon? dijo Mac-Intyre echando una mirada á Ochiltrie.

— Soy un viejo bribon, respondió Edie, pero soy tambien un viejo soldado, pues he servido bajo las órdenes de su padre de vm. en el regimiento n° 42.

— Servid donde os diere la gana, continuó Mac-Intyre, pero retiraos al momento, ó bien.... Y diciendo esto, levantó su látigo para intimidarle, pues no llevaba intencion de pegar al anciano; pero la sola amenaza fué suficiente para reanimar el antiguo valor de Ochiltrie.

— Cuidado, joven, exclamó; bien puedo disimular alguna cosa al hijo de un padre como el de vm., pero repito que soy un soldado viejo, y nunca látigo alguno me tocará impunemente mientras que yo lleve mi baston herrado.

— Bien, bien, he obrado mal, lo confieso, con este arrebatado genio que tengo; pero tomad esta corona, y retiraos.....; Como es esto! ¿todavía permanecéis aquí?

El anciano poniéndose tieso desplegó ventajosamente su alta talla, y á pesar de su vestido, que sin embargo se parecia mas al de un peregrino que al de un mendigo ordinario, su estatura, sus modales, su tono y sus gestos le habrian hecho tomar mas pronto por un viejo ermitaño, santo consejero de los jóvenes que le rodeaban, que por el objeto de su caridad. Sus razonamientos eran tan sencillos como su vestido; pero notabase tanta osadía y franqueza en sus palabras, como dignidad en su ademan y postura.

— ¿Que venis á hacer aquí, jóvenes insensatos? gritó dirigiendose á sus oyentes admirados. ¿Habeis venido en medio de las mas hermosas obras de Dios, para contravenir á sus leyes? ¿Habeis abandonado las obras de los hombres, las casas y las ciudades, que no son mas que barro y polvo como aquellos que

las han construido, para venir á estas pacíficas montañas, cerca de estas aguas tranquilas que durarán tanto como la tierra, á atacar recíprocamente vuestra vida á la cual ha fijado la naturaleza tan corta duracion, y de la cual al terminarla tendréis que dar una estrecha cuenta? ¿Careceis acaso de hermanas ó hermanos? ¿No teneis un padre que os ha educado, una madre que os ha llevado en su seno, amigos que os aprecian como si formáseis parte de su propio corazon? ¿De este modo quereis privarlos de un hermano, de un hijo, de un amigo? Mal combate aquel en que el vencedor es mas digno de compasion que el vencido. Reflexionadlo bien, hijos míos, soy un infeliz, pero soy viejo; mis canas y mi corazon honrado deben dar á mis consejos veinte veces mas peso del que podria quitarles mi pobreza. Idos de aquí, volved á vuestra casa como jóvenes prudentes; los Franceses pueden llegar uno de estos dias, entónces se os ofrecerá una bella ocasion para batiros, y el mendigo se mezclará tambien con vosotros, si acaso puede encontrar alguna tronera para apoyar su fusil; y tal vez vivirá bastante para deciros qual de los dos se bate mejor por una buena causa.

Su tono de independenciam, la osadía con que se espresaba, su elocuencia fuerte y natu-

ral, sus ojos encendidos, hicieron alguna impresion en los que le escuchaban, y especialmente en los dos padrinos, cuyo amor propio no estaba interesado en que se ensangrentase el negocio, por el contrario deseaban sinceramente conducirlos á una reconciliacion.

— Por mi fé, señor Lesley, dijo Taffril, el viejo Edie habla como un oráculo. Nuestros dos amigos estaban ayer muy irritados, eran por consiguiente dos locos. Hoy deben de estar mas serenos, ó á lo menos nosotros debemos estarlo por ellos. Creo que la consigna deberá ser por ámbas partes *olvido y perdon*. Es preciso, pues, que se den la mano, que descarguen al aire esas pistolas, y que vayamos á cenar juntos á las *Armas de Græme*.

— Yo pienso enteramente como vm., respondió Lesley, pues, á pesar del calor y de la irritacion que noto en ámbas partes, confieso que me es imposible encontrar aquí un motivo razonable de disputa.

— Señores, dijo Mac-Intyre con la mayor cachaza, todo esto hubiera estado muy bien un poco ántes. Despues de lo que ha pasado, y hallandonos donde nos hallamos, pararnos aquí, é ir á cenar alegremente á las *Armas de Græme*, es querer levantarse el dia siguiente con una reputacion tan andrajosa como el vestido de nuestro viejo amigo, que acaba de pe-

rorar tan inútilmente. Hablo por mí, señores, y me veo obligado á suplicar á vms. que se pongan en estado de despachar sin mas retardo el negocio que nos ha traído.

— Y como yo no he deseado la menor dilacion, dijo Lovel, me complacerán vms., caballeros, dignandose arreglar los preliminares lo mas pronto posible.

— Hijos míos, exclamó Ochiltrie observando que ya no le prestaban atencion: ¡insensatos! debería decir, continuó, ¡caiga la sangre que se derrame sobre vuestra cabeza! Diciendo esto, alejóse del terreno que los padrinos empezaban á medir; pero detuvose á poca distancia, murmurando con cierta indignacion, y mostrando una inquietud penosa, mezclada con un poco de curiosidad. Sin atender mas á su presencia que á sus reconvençiones, Lesley y Taffril dispusieron lo necesario para el combate, y conviniéron en que los dos adversarios tirarian á un mismo tiempo cuando Lesley dejaria caer su pañuelo.

Hizose la seña convenida, y se dispararon á una las dos pistolas. La bala del capitan atravesó la casaca de su adversario, tocandole superficialmente el costado, pero sin sacarle ni una gota de sangre. El golpe de Lovel fué mas acertado, pues vióse á Mac-Intyre perder

el equilibrio y caer por fin en tierra. Procuró levantarse gritando: — Esto no es nada, vengan otras pistolas; pero las fuerzas le faltaron, y añadió con voz mas débil: — Creo sin embargo que no necesito mas, y lo peor es que lo tengo bien merecido. Señor Lovel, ó sea cual fuere su nombre de vm., huya vm., pongase vm. en salvo. Caballeros, los tomo á todos por testigos de que yo he sido el agresor. — Apoyandose entónces en el codo: — Lovel, continuó, déme vm. la mano, le creo un hombre de honor, perdone vm. mi grosería como yo le perdono mi muerte.... ¡Pobre hermana mia!....

Adelantóse el cirujano para representar su papel en esta tragedia, y Lovel, como absorto y fuera de sí, contemplaba el mal de que habia sido la causa casi involuntaria. El mendigo le sacó de aquella especie de estupor cogiendole por el brazo: — ¿Por que permanece vm. aquí contemplando su obra? Lo hecho, hecho. Ponga vm. los piés en polvorosa, si quiere evitar un afrentoso suplicio. Ya veo allá bajo la gente que le busca. Llegan demasiado tarde para separar á los combatientes, pero bastante á tiempo para llevarle á vm. á la cárcel.

— Tiene razon, exclamó Taffril, no debe vm. esponerse por el camino real. Gane vm. el bosque, y no salga de él hasta la noche. Mi

bergantin dará entónces la vela, y á las tres de la mañana, favorecidos por la marea, enviaré á vm. una lancha en Mussel-Craig.

— Sí, salvese vm., repitió el herido con una voz ahogada por las convulsiones.

— Sigame vm., dijo el mendigo, el plan del teniente es el mejor. Yo le conduciré á vm. á un sitio donde podrá permanecer todo el tiempo que quiera oculto, sin temor de que le descubran los mas finos galgos del mundo. — Y diciendo esto, procuraba llevarsele consigo.

— Pero vayase vm., replicó Taffril; permanecer por mas tiempo aquí, seria una verdadera locura.

— Mayor ha sido la de venir al duelo, respondió Lovel estrechándole la mano; pero á dios.... Y entró entónces en el bosque con Ochiltrie.

